

LE MONDE
diplomatique

EL ATLAS DE LAS DESIGUALDADES

Claves para entender
un mundo injusto

El Atlas de las desigualdades

Director José Natanson

Editora Creusa Muñoz

Diseño de tapa Max Rompo y Ana Zelada

Diagramación www.trineo.com.ar

Investigación estadística Creusa Muñoz

Infografías, mapas y gráficos www.trineo.com.ar

Corrección Alfredo Cortés

Producción y comercialización Esteban Zabaljauregui

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur / Courrier international

ISBN: 978-987-614-627-2

Hecho el depósito que ordena la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin el permiso escrito de la editorial.

Capital Intelectual edita el periódico mensual

Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Director

José Natanson

Redacción

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz (editora)

Luciana Garbarino

Nuria Sol Vega

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Corrección

Alfredo Cortés

Diseño original

Javier Vera Ocampo

Publicidad

Maia Sona

msona@capin.com.ar

Paraguay 1535 (C1061ABC)

Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (54-11) 4872-1300

www.eldiplo.org

Le Monde diplomatique (París)

Fundador

Hubert Beuve-Méry

Presidente del Directorio y Director de la Redacción

Serge Halimi

Jefe de Redacción

Benoit Bréville

Directora de las relaciones y las ediciones internacionales

Anne-Cécile Robert

1-3 rue Stephen-Pichon,

70013 París

www.monde-diplomatique.fr

 **Courrier international**

Director de Courrier international

Arnaud Aubron

Directora de Redacción

Claire Carrard

Jefa de Edición

Virginie Lepetit

Concepción de los mapas

Thierry Gauthé

Investigación de datos

Aline Gerstner, Virginie Lepetit y Fatima Rizki

Concepción gráfica y dirección artística

Sophie Laurent-Lefèvre

Jefa de diseño

Bernadette Dremière

Diagramación

Leïla Bergougroux

Infografía

Catherine Doutey

Fotografía

Denis Scudeller

SUMARIO

6 PRESENTACIÓN

Creusa Muñoz

8 UN MUNDO DESIGUAL

10 INTRODUCCIÓN

Bernardo Kliksberg

12 LA CONDENA ORIGINARIA

CAPÍTULO 1. RIQUEZAS

LA FALACIA DE LA MERITOCRACIA

16 CÓMO LEGITIMAR UN MUNDO DESIGUAL

Thomas Piketty

18 EL SUEÑO DE LA JUSTICIA SOCIAL

François Dubet

22 CONSTRUCCIONES ANACRÓNICAS

Branko Milanović

24 ¿DÓNDE ESTÁN LOS RICOS?

26 MÁS ALLÁ DE TODAS LAS CRISIS

Olga Cantó Sánchez

28 UNA PORCIÓN CADA VEZ MÁS GRANDE DE LA TORTA

30 LA TIERRA DE LOS PRIVILEGIADOS

Luis Felipe López-Calva y Nora Lustig

32 EL DESPLOME DE LOS SALARIOS

Nazaret Castro

CAPÍTULO 2. RECURSOS

VIDAS PRECARIAS

38 EL COSTO DEL HAMBRE

Patricia Aguirre

42 MARCADOS DESDE EL ORIGEN

Roxana Mazzola

44 TIERRAS ACAPARADAS

46 ¿FALTA DE VIVIENDA O FALTA DE ESTADO?

Denis Merklen

48 POBRES Y SEDIENTOS
De la Redacción de Courrier international

50 INODOROS, UN BIEN DE LUJO

52 EL FIN DE LA UTOPIA IGUALITARIA
Enric Puig Punyet

55 DESIGUALDADES.COM
Mariela Baladron

56 JAMÁS SIN MI SMARTPHONE

CAPÍTULO 3. SALUD

BRECHAS ENDÉMICAS

60 EL DINERO HACE LA LONGEVIDAD
Javier Padilla Bernáldez

62 ¿CUÁNTOS AÑOS DE VIDA?

64 ¿CÓMO VIVIR MÁS?

66 MÁS ANCIANOS QUE NIÑOS
María Julieta Oddone

68 LA ENFERMEDAD DE LA EXCLUSIÓN
Gabriela Benza y Gabriel Kessler

70 FALENCIAS ESENCIALES

72 DISPARIDADES PERPETUAS
Verónica Ocvirk

CAPÍTULO 4. LIBERTADES

DERECHOS EXCLUSIVOS

76 EL SUFRAGIO ¿UNIVERSAL?
Miguel Ángel Presno Linera

78 EL VIRUS DE LA DESINFORMACIÓN
Edith Rodríguez Cachera

80 ENCARCELAMIENTO

82 PRISIONEROS DEL PREJUICIO
Mariela Belski

86 PENA DE MUERTE

88 CONDENADOS A LA MARGINALIDAD
Claudia Cesaroni

90 EDUCACIÓN: ASIGNATURAS PENDIENTES
Leire Salazar

CAPÍTULO 5. GÉNERO

UNA REVOLUCIÓN INCOMPLETA

94 UNA INCLUSIÓN EXCLUYENTE
Virginia García Beaudoux

98 CÓMO MATERNAR EN PRECARIEDAD
Nancy Giampaolo

100 LA CARRERA PERPETUA POR LA PARIDAD

102 LAS HUELLAS DE LA OPRESIÓN
Mélany Barragán

104 ABORTO, REACCIONARIOS AL ATAQUE

106 EL DERECHO A TENER DERECHOS
Mabel Bellucci y Viviana Norman

108 DESCOLONIZAR EL FEMINISMO
Zahra Ali

110 LGTB, LA LEY DEL ORGULLO

CAPÍTULO 6. MEDIOAMBIENTE

LA DEUDA ECOLÓGICA

114 EL APARTHEID CLIMÁTICO
Antonio Elio Brailovsky

118 POR FAVOR, TOSA
De la Redacción de Courrier international

120 OCÉANOS DE PLÁSTICO
Víctor Ingrassia

122 REFUGIADOS DEL CLIMA

124 LOS DESCARTADOS DEL SISTEMA
Sergio Federovisky

Presentación

EL DRAMA DEL SIGLO XXI

El capitalismo alcanzó su versión más descarnada y brutal. Y es que el vaso nunca derrama: el 1% más rico de la población mundial se apropió del 27% del crecimiento económico de los últimos 40 años, mientras que el 50% más pobre capturó sólo el 13%, es decir, 3.500 millones de personas se quedaron con menos de la mitad de lo que percibió la reducida elite más acaudalada del planeta (1). Este abismo socioeconómico se explica por las transformaciones estructurales que ha sufrido el capitalismo en la era de la financiarización. Una de las más importantes es el mayor ensamblaje entre los perceptores de una elevada renta de capital y los perceptores de una elevada renta de trabajo. Es decir, los individuos que cuentan con una alta renta de capital prácticamente son los mismos que se encuentran entre el decil y el percentil de ingresos máximos de la sociedad. Es lo que el reconocido economista Branko Milanović denominó como *homoploutia* (de *homo*, igual y *ploutia*, riqueza) para advertir sobre el desmesurado poder económico que los capitalistas adquirieron en el sistema meritocrático liberal imperante en el mundo a diferencia del capitalismo clásico del siglo XIX en el que prácticamente ningún capitalista de los rangos más elevados de la escala percibía una renta de trabajo.

Esta convergencia en las mismas manos, de la renta de capital y de la de trabajo, se duplicó en los últimos treinta y siete años, y todo indica que seguirá creciendo ya que el cambio estructural en la organización de la fuerza laboral, mayormente descentralizada, mermó considerablemente la capacidad de negociación de los trabajadores, menguando sus salarios a favor de la rentabilidad del capital e impulsando, en definitiva, la polarización de los ingresos (2). Pero los ricos no sólo son los beneficiarios exclusivos de esa doble concentración sino también de otra, más anquilosada aun, la patrimonial, que también aumentó, y lo hizo mucho más rápido que los salarios por el débil crecimiento, los intereses de capital y el precio de las propiedades (3). Asistimos así a un mundo cada vez más injusto donde la única igualdad posible es la que se da hacia abajo.

Una elite perpetua

Está claro que la igualdad absoluta no existe o, al menos, los pocos intentos que se han dado en las sociedades por alcanzar este ideal nunca pudieron trascender en el mundo como hoy lo hacen las desigualdades más

extremas. Pero, ¿qué hay detrás de la prevalencia en la historia de los regímenes desigualitarios? ¿Por qué seguimos validando un sistema donde sólo unos pocos se benefician en desmedro de la mayoría? La respuesta, quizás, reside en los mecanismos de perpetuación de la elite multimillonaria que concentra tanto el poder económico como el poder político ya que la distribución del financiamiento de las campañas electorales suele estar también hiperconcentrada en las personas más pudientes de la sociedad. Es el caso de Estados Unidos en el que el 1% más rico de la población aportó el 40% del total de las contribuciones para las presidenciales de 2016 (4). Donaciones que esperan, por supuesto, una retribución política afectando las medidas impositivas, la transferencia de la riqueza pública a manos privadas, el control gubernamental sobre el ocultamiento de fondos económicos y financieros, la regulación de la transmisión intergeneracional de la riqueza y demás mecanismos políticos e institucionales que eternizan el enquistamiento en el poder de la elite económica y de sus descendientes (5). Pero para perpetuarse la elite también necesita de la connivencia de las masas y es aquí donde radica la perversión central del sistema ya que se apela a un discurso propietario, empresarial y meritocrático que afirma que las desigualdades son justas porque derivan de un proceso libremente elegido en el que todos tenemos las mismas posibilidades de acceder al mercado y a la propiedad. Un argumento que, en definitiva, termina estigmatizando a los perdedores del sistema económico por su supuesta falta de méritos, encubriendo que la “igualdad de oportunidades” no es más que una falacia en las sociedades actuales. Cuando se nace en la indigencia, los niños y las niñas tienen grandes posibilidades... de permanecer desescolarizados, ser sometidos a trabajo infantil, padecer en su vida adulta trabajos precarios o desempleo, y contar con una esperanza de vida reducida. Porque las desigualdades son acumulativas y se retroalimentan, y coartan toda vía de escape a los que las padecen. Así como los ricos heredan la fortuna, no por mérito, sino por sucesión, los pobres heredan la pobreza, no por carencia de talento, sino por defecto.

Este sistema, sin embargo, al ser cada vez más insostenible para la mayor parte del planeta, está perdiendo legitimidad. Pero sin un contrapoder fuerte y organizado que verdaderamente lo cuestione seguirá profundizándose. Los Estados se han vuelto débiles frente

al poder económico y financiero, y las clases medias y populares carecen de un sentido de lucha colectiva no sólo por el cambio en la naturaleza de la organización del trabajo y el aumento del trabajo precarizado que desarticuló su poder frente al capital, sino también por la erosión de los mecanismos de solidaridad debido a la emergencia de pequeñas desigualdades cada vez más individualizadas entre personas de una misma posición socioeconómica. Como aquellas que atraviesan a colegas con distintas remuneraciones por igual trabajo o las que persisten entre trabajadores en blanco y trabajadores en negro, o como las que hay entre mujeres y hombres con un mismo puesto laboral pero con distinto salario o las que existen entre los que viven en un barrio cerrado y los que viven en la ciudad...

Así como los ricos heredan la fortuna, no por mérito, sino por sucesión; los pobres heredan la pobreza, no por carencia de talento, sino por defecto.

Todas estas pequeñas desigualdades, como explica el sociólogo francés François Dubet, son también relevantes porque son las que pesan en la vida cotidiana y, al erosionar la identificación de las personas en un mismo grupo socioeconómico, terminan obstruyendo toda acción organizada que pretenda combatir a las grandes desigualdades.

Entre el arcaísmo y la modernidad

Es cierto que en los últimos doscientos años se hicieron grandes progresos en salud y educación que facilitaron una mayor movilidad socioeconómica pero aún persisten grandes disparidades entre países así como en el interior de los Estados (6). No es lo mismo nacer en Sierra Leona donde la esperanza de vida es de 52 años que en Hong Kong donde alcanza los 84 años, como tampoco lo es respirar en el barrio de Bronx de la ciudad de Nueva York, integrado por un 70% de latinoamericanos y un 29% de afroamericanos, en el que la contaminación atmosférica

alcanza casi el triple del promedio estatal (7). Tampoco ser mujer que ser hombre en Francia, donde la participación de las mujeres en el 1% de los salarios más elevados del país es sólo del 16%. Porque, aunque hubo cierta evolución en la paridad de género, como en varios países del mundo, esta no deja de ser lenta: se calcula que, de continuar con el mismo ritmo, recién en el año 2144 las mujeres llegarían a representar la mitad de efectivos del percentil superior de los ingresos en el país gallo (8). Y es que en todo el planeta los regímenes desigualitarios están atravesados por el progreso, pero también por el arcaísmo. Aunque no quedará más que arcaísmo si las desigualdades siguen profundizándose porque el progreso para unos pocos no es progreso sino retroceso.

La historia ha demostrado que las grandes redistribuciones de la riqueza se han dado a través de guerras, revoluciones o hiperinflaciones inesperadas. La elite económica mundial seguramente impedirá un cambio de régimen del que es exclusivamente beneficiaria. Pero de no impulsar reformas en el régimen a través de medidas de redistribución y pre-distribución, que son las que permiten contrarrestar las desigualdades originarias, la asfixia económica que hoy sufren los más desfavorecidos y la que empiezan a sentir en menor medida las clases medias y populares será insostenible porque los pilares que hoy garantizan la rentabilidad de unos pocos y aseguran su perpetuidad en el poder, mañana serán los causantes de su propia destrucción. □

1. Thomas Piketty, *Capital e ideología*, Paidós, Buenos Aires, noviembre de 2019.

2. Branko Milanović, *Capitalismo, nada más*, Taurus, Madrid, 2020.

3. François Dubet, *La época de las pasiones tristes*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2020.

4. Branko Milanović, *op. cit.*

5. Según el World Inequality Database, la riqueza privada neta ha experimentado un incremento generalizado en las últimas décadas, pasando de 200-350% del ingreso nacional en la mayoría de los países ricos en 1970, a 400-700% en la actualidad. Mientras la riqueza pública se ha hecho negativa o cercana a cero. En cuanto a los activos en paraísos fiscales se estima que representan más del 10% del PIB mundial.

6. La esperanza de vida en el mundo pasó de una media de 26 años en 1820 a 72 años en 2020 y se estima que a comienzos de siglo XIX sólo un 10% de la población mundial mayor de 15 años estaba alfabetizada contra un 85% en la actualidad. Para más información, véase Thomas Piketty, *op. cit.*

7. Según la Union of Concerned Scientists.

8. Thomas Piketty, *op. cit.*



2. RECURSOS

Vidas precarias

La falta de acceso a recursos fundamentales como el agua potable, la alimentación, la vivienda, los sistemas básicos de saneamiento e incluso la conexión digital someten a miles de millones de personas a la marginalidad más extrema. Estas carencias que suelen presentarse desde la infancia se profundizan en la vida adulta haciendo imposible todo intento de ascenso social. Mientras las potencias siguen acaparando tierras de países subdesarrollados a precios irrisorios para posicionarse mejor en el orden hipercapitalista global, más de la mitad de la humanidad que vive con menos de 5,5 dólares al día muestra el agotamiento de un sistema donde la igualdad no es más que una utopía.

Alimentación

EL COSTO DEL HAMBRE

Según la FAO, 821 millones de personas estaban subalimentadas en 2019, 9 millones más que el año anterior. Cifras que manifiestan que hay un persistente flagelo mundial que aún no termina, a pesar del incremento de la producción agroalimentaria, de la globalización de la economía, de los descubrimientos científicos o de las buenas intenciones. Qué hay detrás del hambre...

Patricia Aguirre

Doctora en Antropología por la UBA. Investigadora y Docente del Instituto de Salud Colectiva de la Universidad Nacional de Lanús.

En diciembre de 2019, antes de la pandemia, la Oficina de Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), advertía que había 821 millones de personas subalimentadas, 9 millones más que en 2018. Este índice de prevalencia de subalimentación (PoU, por su sigla en inglés) fue elaborado por la FAO en 1974, a partir de la información de los países acerca de la disponibilidad de alimentos y las necesidades calóricas de su población. En tanto muchos Estados no informan, se trata de estimaciones basadas en la economía registrada (que no toman en cuenta la producción campesina, para autoconsumo e informal, ni a la población indocumentada de un país). De modo que permite comparar entre países, pero no localizar poblaciones vulnerables dentro de cada uno.

Hace una década se comenzó a usar otro índice llamado FIES, basado en una escala de experiencia de inseguridad alimentaria, es decir, consiste en preguntarle al hambriento cuánto hambre tiene para, así, localizar y medir a nivel individual y estimar el porcentaje de población que sufre diferentes grados de padecimiento. Según el FIES, la inseguridad alimentaria será *leve* cuando sólo estén preocupados, *moderada* cuando han reducido su comida y no están seguros de poder obtener más y *severa* cuando han pasado días sin comer (situación en la que estaba cerca del 10% de la población mundial a principios de 2020).

Estas cifras manifiestan que en el mundo hay un persistente padecimiento que no termina a pesar del incremento de la producción agroalimentaria, de la globalización de la economía, de los descubrimientos científicos o de

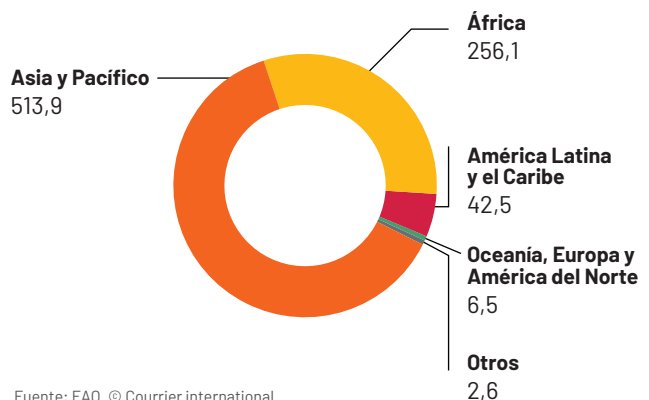
las buenas intenciones. La ONU atribuye este aumento del hambre a la desaceleración del crecimiento económico y a las desigualdades en aumento. En un planeta dominado por la lógica del mercado, la desaceleración del crecimiento se manifiesta en problemas de empleo e ingresos que minan la capacidad de compra y precarizan la ingesta. El aumento de las desigualdades es otro aspecto del sistema económico mundial que opera incluso durante el crecimiento, cuando éste se concentra en pocas manos y no llega a las mayorías.

Un derecho humano fundamental

Durante milenios se trató la problemática del hambre como el resultado de los recursos naturales (es decir, producto de su falta o su estado de crisis). La solución consistía en tener stocks anti-cíclicos para enfrentar las emergencias. A principios del siglo XX, Argentina abra-

¿Dónde está el problema?

Personas que sufren hambre, en millones, por región, 2018



Fuente: FAO. © Courrier international

zaba esta concepción, sintiéndose “el granero del mundo”. Esto suponía que en un país fértil la existencia de subalimentación era un problema individual, a lo sumo familiar ya que había alimentos suficientes, incluso para exportar. También suponía que era un problema transitorio, dependiente del individuo y no del sistema social, que se resolvía en el ámbito privado con voluntad, con caridad o con asistencia.

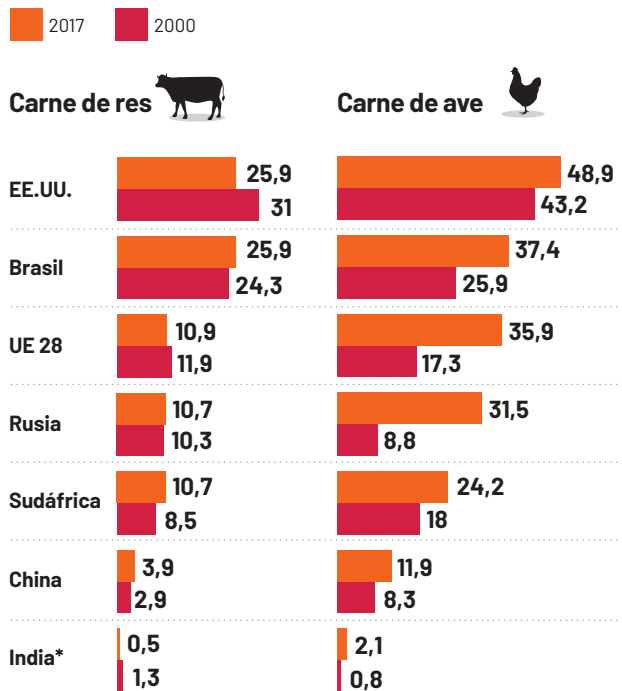
La hambruna provocada por la Segunda Guerra Mundial dejó en claro –y el concepto dominará la política alimentaria mundial hasta la actualidad– que la cuestión alimentaria es un problema humano, de la manera cómo nos relacionamos con la naturaleza y distribuimos los recursos según la estructura de derechos de cada sociedad. En 1948, en su Carta Fundacional, Naciones Unidas reconoce la alimentación como un derecho humano fundamental ya que sobre él se construye la vida, la salud, la libertad. La FAO será la encargada de velar por su cumplimiento; para ello a partir de 1974 recrea el concepto de *Seguridad Alimentaria* –antes ligado a la bromatología– que designa el derecho de todas las personas a una alimentación cultural y nutricional adecuada. Para apoyar a los países miembros en su lucha por hacer efectivo este derecho para toda su población, desarrolla estas mediciones junto a estudios, compromisos, políticas, planes de acción, directrices, asistencia técnica y ayuda humanitaria en la emergencia, entre otras acciones.

Amartya Sen demostró, estudiando hambrunas del siglo XX, que no fueron consecuencia de la falta de alimentos, sino de desigualdades en la distribución.

Los componentes de la seguridad alimentaria (disponibilidad, acceso, estabilidad y utilización biológica) han variado su jerarquía a través del tiempo. La seguridad alimentaria en los años 70 se asociaba a la disponibilidad de alimentos (esta es una ecuación que parte de la producción a la que se le suma el stock del año anterior y los alimentos importados y se le restan la exportación y las pérdidas por semillas, transporte y procesamiento). Por eso los países trataban de extender sus fronteras agrícolas sobre bosques nativos y humedales que consideraban improductivos, aumentar las hectáreas bajo riego construyendo represas, modernizar su producción adoptando la Revolución Verde y favoreciendo los agronegocios. Hoy cuando los efectos de estas políticas se manifiestan como deterioro del medio y de las poblaciones que viven en él, la soberanía alimentaria procura hacer efectivo el derecho a la alimentación recuperando saberes y modelos de producción sostenibles de pueblos originarios y campesinos. Después del Pacto de San Salvador (2011) y la Declaración

¿Quién come carne?

Consumo anual, en kilos por persona, 2000 y 2017



*El 30% de la población india es vegetariana, principalmente por razones religiosas. Fuente: OCDE. © Courrier international

de Cochabamba (2012), en América el derecho pasará por la seguridad con soberanía.

En 1985, al menos estadísticamente, se logró disponibilidad suficiente como para que todos los habitantes del planeta comieran 2.700 kilocalorías al día (que la OMS consideraba adecuado para una vida activa y sana). Pero el mismo año había 890 millones de subalimentados. Y aunque la disponibilidad siguió en aumento (hoy está cerca de las 3.100 kilocalorías por día), la subalimentación no se ha reducido proporcionalmente. Hay alimentos suficientes, ahora excedentarios pero para gran parte de la población no son accesibles. Porque ni el mundo ni los países se comportan como un todo y las desigualdades internas entre naciones y regiones prevalecen sobre los promedios estadísticos. Amartya Sen demostró, estudiando hambrunas del siglo XX, que no fueron consecuencia de la falta de alimentos, sino de desigualdades en los mecanismos de distribución (1). Aunque los alimentos estaban disponibles en India, su país, no fueron accesibles para parte de su población porque la estructura de derechos de su sociedad (por ejemplo a través del ingreso) legitimaba su exclusión. Este pensador influyó tanto en la política alimentaria mundial que la seguridad alimentaria desde entonces valoriza el acceso por sobre los otros componentes.

Una crisis paradójica

Como la alimentación es un fenómeno complejo (esto quiere decir que se comporta como un sistema abierto al medio con componentes múltiples e interrelaciona-

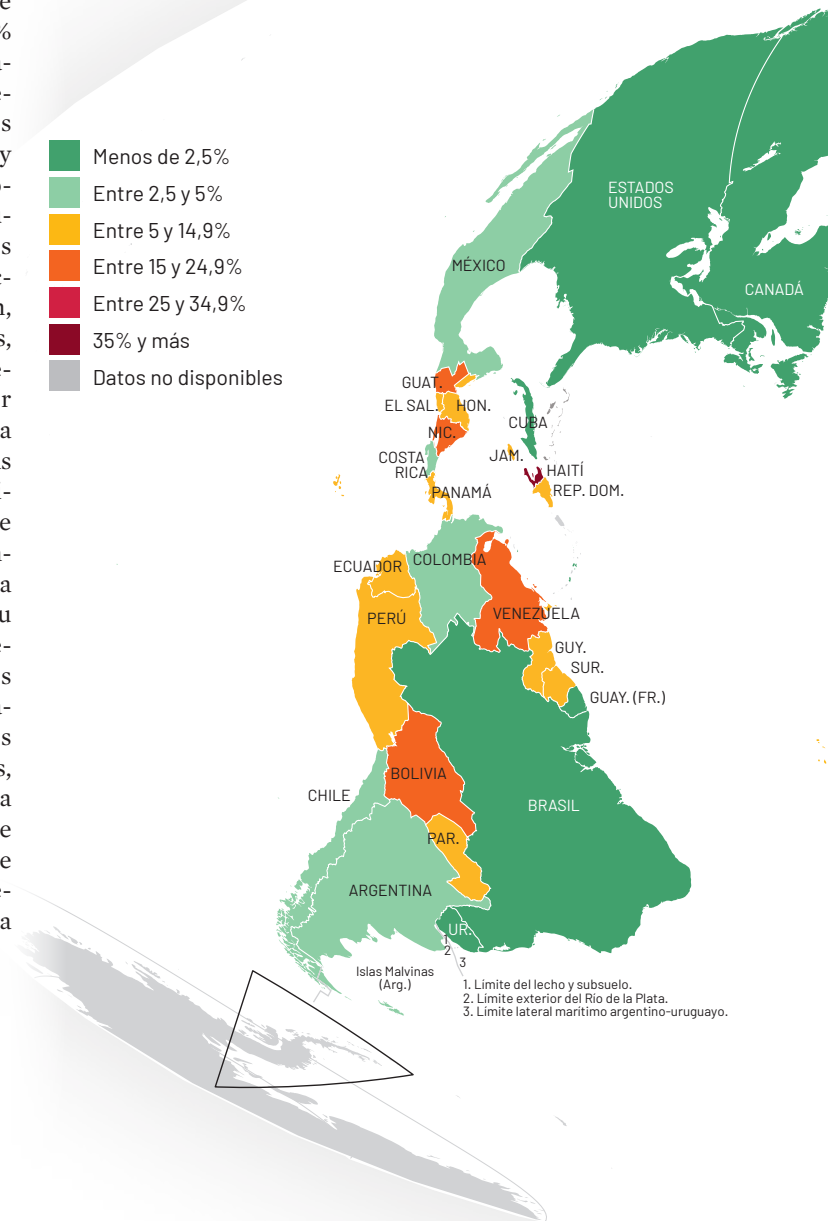
dos, con gran capacidad de transformación, resiliencia y autoorganización) la búsqueda de soluciones simples, únicas –la bala de plata– no ha hecho más que frustrar las buenas intenciones de terminar con el hambre. El sueño de la suficiencia alimentaria se cumplió con creces, somos 7.500 millones de personas en el planeta y se produce para 10.000 millones, pero se malogra el 30% de la producción (por pérdidas debidas al mal procesamiento industrial, destrucción sistemática para mantener precios y negligencia) mientras existen 821 millones de personas subalimentadas. Pareciera una paradoja, y lo es si pensamos en términos lineales producción-población. Asimismo, si pensamos que mejorar la distribución soluciona por sí sola el problema, descubriremos otra paradoja del pensamiento lineal: al mejorar el acceso los pobres padecen otras formas de desnutrición, no ya la desnutrición aguda de los cuerpos piel y huesos, sino un hambre oculta, en cuerpos incluso con sobrepeso pero con serias carencias de nutrientes (anemia por falta de hierro, raquitismo por falta de calcio, etc.). La altura es particularmente sensible a estas formas ocultas del hambre que llamamos malnutrición, porque el crecimiento lineal es muy demandante de calidad antes que de cantidad en la alimentación. Estas formas del hambre se presentan sin estridencias, silenciosamente, en la forma de niños acortados, petisos, que no despliegan su potencial genético de altura porque cuando debían pegar el estirón, tenían comida, pero rica en energía (los alimentos más baratos de la escala de precios: pan, papas, fideos, azúcar, mate) y pobre en los micronutrientes que necesitaban para un crecimiento saludable (lácteos, verduras, frutas, carnes, que son alimentos caros). Y esta hambre de micronutrientes, hambre oculta, se puede dar incluso en personas con sobrepeso, es una forma de malnutrición cruel si las hay, que oculta tras los problemas del exceso (de energía) todos los problemas de la escasez (de nutrientes).

Hay alimentos suficientes, incluso excedentarios, pero para gran parte de la población no son accesibles.

En 2013 cuando había 1.500 millones de personas con sobrepeso (de las cuales se calculaba que el 30% eran obesas) y 810 millones de desnutridos la OMS declara pandemia a la obesidad. Y como en todas las pandemias: los pobres las sufren más. Desde la década de los 90 se observa que la obesidad, antes una enfermedad de la abundancia, empezaba a desplazarse hacia poblaciones bajo la línea de pobreza. No hacía otra cosa que seguir el clivaje de los determinantes sociales de la alimentación: mayor prevalencia en los más vulnerables (los pobres, las mujeres, los niños, los ancianos). Cuando se analicen con criterio alimentario los datos del COVID-19 obten-

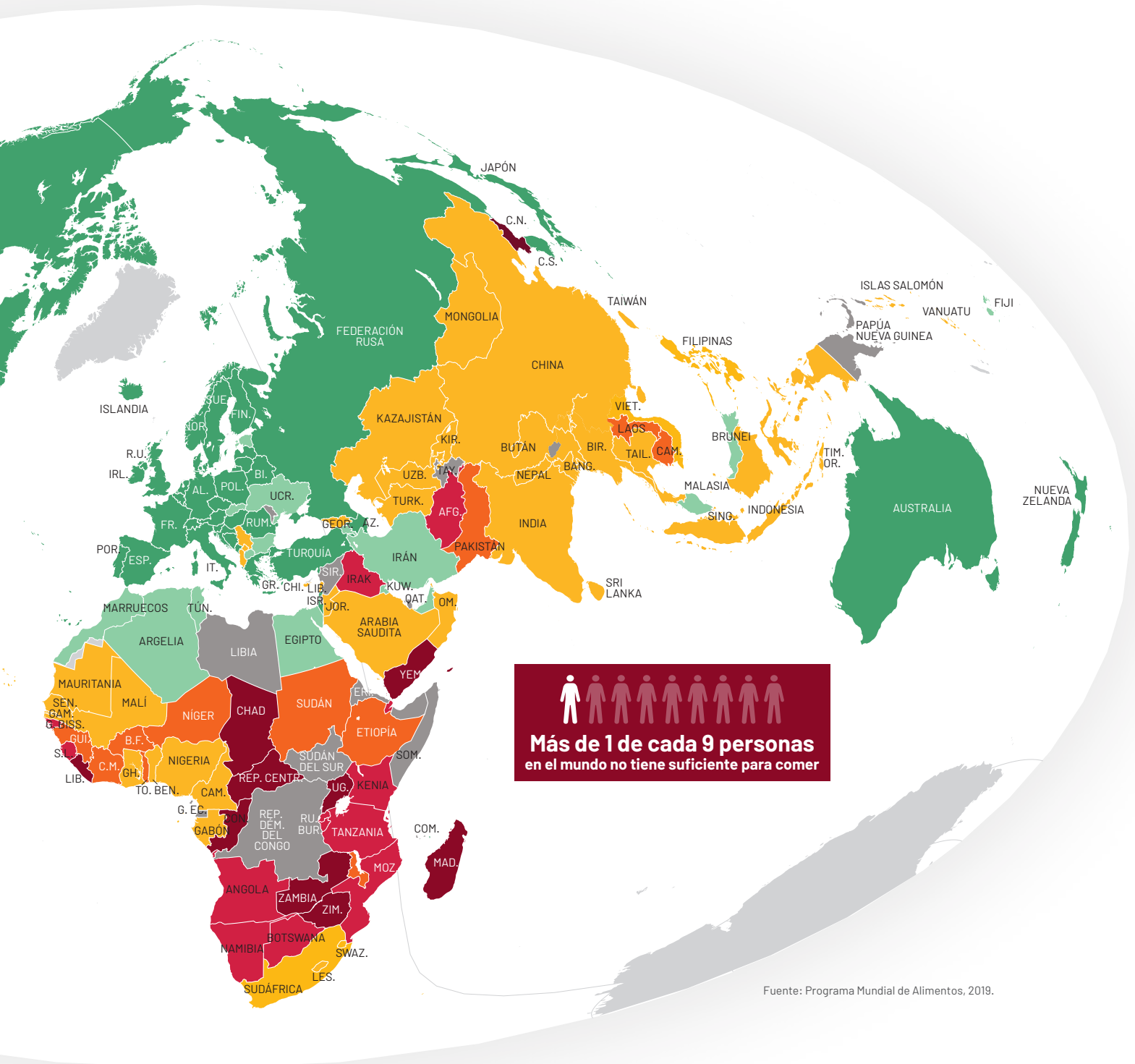
Hambre en el mundo

Prevalencia de la subalimentación en la población total, en porcentaje, 2016-2018



dremos el mismo mapa, porque todo el sistema inmunológico está compuesto de proteínas. Los determinantes sociales de la alimentación explican mucho más que las enfermedades de base nutricional.

Estos son solo los efectos marcados en los cuerpos de la crisis de la alimentación actual. Una crisis paradójica (hay alimentos), estructural (toca todas las áreas: producción, distribución y consumo) y terminal (el cambio climático muestra que se ha sobrepasado la capacidad autodepuradora del ecosistema). Es la crisis del derecho a la alimentación adecuada, no porque falten alimentos



sino por la forma que elegimos como sociedad de producirlos, distribuirlos y consumirlos.

La distribución inequitativa, que en un mundo de economía globalizada se realiza a través de mecanismos de mercado, hace que los alimentos vayan adonde pueden pagarlos no adonde los necesitan. Entonces, la alimentación adecuada dependerá de la capacidad de compra. Los pobres, ya sean pueblos originarios o campesinos en el ámbito rural o trabajadores informales y desocupados en el ámbito

urbano o migrantes dondequiera que vayan, muestran que a menores ingresos mayor vulnerabilidad aunque políticas asistenciales traten de compensar con nutrientes la falta de autonomía. Parafraseando a Amartya Sen: si queremos terminar con el padecimiento alimentario, luchemos por eliminar las desigualdades que la comida se cuida sola. □

1. Amartya Sen, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlements and Deprivation*, Clarendon Press, Oxford, 1981.